

Esta familia humana a la que pertenecemos, esa comunidad cristiana a la que fuimos incorporados desde el Bautismo, han dado frutos muy hermosos, hombres y mujeres dignos de toda alabanza, gloria de la humanidad, modelos para la comunidad cristiana.

Esas personas de todos los tiempos, también del nuestro, nos lanzan un reto a nosotros y nos invitan a seguir el mismo camino de honradez y de coherencia en nuestra vida de cristianos.

❖ Sigue habiendo Santos

Estos últimos años vemos que se ha beatificado y canonizado a muchos: con ello se quiere demostrar a los diversos países o familias religiosas que tienen modelos e intercesores cercanos, que les animan en su fe.

Y es que sigue habiendo también en nuestros tiempos muchísimos cristianos que nos dan ejemplo de coherencia y hasta de heroísmo en su vida. ¿Quién no se siente estimulado por los ejemplos del padre Maximiliano Kolbe o de la madre Teresa de Calcuta?

Sigue habiendo auténticos “santos” en torno nuestro. Sigue habiendo “apóstoles” que dedican su tiempo a enseñar y a educar y a preparar a los niños o a los novios a los varios sacramentos, o que dan testimonio del Evangelio en los distintos ámbitos de la vida pública y privada. Sigue habiendo “mártires” que aguantan con elegancia espiritual los dolores de una enfermedad o las dificultades que les trae el querer vivir en cristiano en el mundo de hoy. Sigue habiendo cristianos que cumplen con admirable constancia su hermosa y difícil misión de esposos y de padres, o que siguen atendiendo a los ancianos y a los enfermos con una caridad aprendida de Cristo. Y muchos jóvenes que viven sus esperanzas y su amor con alegría y entereza cristiana, entregados muchas veces generosamente al bien de los demás.

Nos dan un ejemplo a nosotros. La mayor parte no serán “canonizados”, no pasarán a la lista del “Martirologio” católico ni tendrán un día para recordarlos en el calendario. Pero sí estarán en las listas de Dios, que son mucho más abundantes, y que son las principales.

LOS SANTOS

NOS AYUDAN EN NUESTRO CAMINO

Se está notando, un poco por todas partes, una re-admisión de los Santos en nuestra vida cristiana.

Hemos hecho bien, en las últimas décadas, estimulados por el Concilio Vaticano II, en centrar nuestra espiritualidad en Cristo Jesús, en su Pascua anual y en su Pascua semanal, el domingo.

Pero, junto a Cristo, también la Virgen, los Ángeles y los Santos forman parte de nuestra familia y nos aportan una ayuda muy válida para nuestro camino cristiano. Todos ellos son como una “encarnación”, una traducción concreta y convincente, del evangelio: nos demuestran que a lo largo de los siglos ha habido miles y miles de personas que han hecho suya la lista de las bienaventuranzas de Jesús y sus criterios de vida. Y que ese es precisamente el mejor camino del éxito final y de la felicidad verdadera.

Podemos estar orgullosos de pertenecer a una familia –la Iglesia de Jesús– que ha sabido dar a la humanidad personas tan llenas de valores. Y podemos, también, sentirnos estimulados a imitar sus actitudes en la vida y animados a pedirles su ayuda, porque son nuestros mejores intercesores ante Dios.



❖ En los Santos honramos a Dios

Los Santos son los que mejor han acogido en su vida el proyecto de Dios y lo han intentado cumplir radicalmente, a pesar de sus defectos y de las dificultades ambientales. En ellos nos muestra Dios su presencia en la historia de esta humanidad que a veces nos parece tan pobre. Vale la pena celebrar a estos Santos y dar gracias a Dios por ellos.

Cuando el Papa canoniza a un Santo dice solemnemente estas palabras: “A gloria de la santísima Trinidad...”. El todo Santo es Dios. Dios es la santidad absoluta, la plenitud de la santidad. Los demás somos llamados a participar de esa santidad que él posee sin medida.

❖ El mejor fruto de la Pascua de Cristo

Los Santos son, en verdad, los mejores discípulos en la escuela de Cristo. Se puede decir de los Santos que son el mayor éxito de Cristo Jesús.

Han sabido escuchar su Palabra y ponerla en práctica. Se han tomado en serio las bienaventuranzas y la novedad de vida que Cristo propuso a sus seguidores. Si él murió en la cruz y resucitó para nuestra salvación, los Santos demuestran que ha habido personas –muchísimas– que han acogido en sí mismas esa salvación de Cristo.

Recordar y honrar a los Santos, empezando por María, la Virgen Madre, es honrar al mismo Cristo, que es la Cabeza de ese Cuerpo formado por personas que se llama Iglesia y que desde hace veinte siglos está siendo signo de la presencia de Cristo y fermento de vida en medio del mundo.

❖ Un don del Espíritu a la Iglesia

El Espíritu de Dios, al que llamamos de un modo especialísimo “Santo”, está comunicando a la Iglesia –se puede decir que a toda la humanidad– su luz, su gracia, su amor, en esos Santos que llenan la historia.

Unas veces es el Espíritu de la verdad y la sabiduría quien suscita en su Iglesia hombres y mujeres llenos del saber de Dios hasta ser considerados “doctores y doctoras” de la Iglesia. Otras, es el Espíritu de amor quien mueve a los Santos a dedicarse por entero a los pobres y los enfermos. O el Espíritu de la fortaleza quien les da fuerza en el testimonio del martirio en los momentos de persecución.

El Espíritu sigue animando a su Iglesia. Sus frutos se ven claramente en esas personas, extraordinarias u ordinarias, pero llenas de fe, que llamamos Santos. Y en las obras que ellos, muchas veces con admirable herencia de instituciones, han puesto en marcha.

❖ Orgullo para la comunidad eclesial

La Iglesia puede con razón estar orgullosa de los Santos que la han honrado a lo largo de todos los siglos. No han sido personas de otro planeta, héroes o superhombres, sino creyentes que desde la vida monacal o en medio del mundo han vivido el Evangelio de Jesús y lo han traducido en obras.

Empezando por la Virgen María de Nazaret, la “primera discípula de Jesús” y la “primera cristiana”. Luego, unos han sido papas y obispos, otros se han retirado al desierto, otros han vivido ejemplarmente la vida religiosa. Pero otros muchos han vivido la vida matrimonial y se han dedicado a las diversas profesiones de la sociedad. Unos han vivido muchos años, otros han muerto jóvenes. Muchos han sido mártires, dando un recio ejemplo de coherencia en su fe en medio de un mundo que no les entendió y les persiguió hasta la muerte. Algunos hicieron milagros extraordinarios, mientras que la mayoría vivió una vida normal de fe. Algunos fundaron familias religiosas o dejaron escritas obras admirables por su sabiduría. La mayoría no pasan a la historia por sus escritos ni por sus fundaciones, sino por la amable entrega a los demás y la sencillez de su vida cristiana.

En los campeonatos y en los juegos olímpicos se reparten abundantes medallas y premios, con gran alegría de los premiados y de sus naciones. Los Santos han merecido en la historia medallas de oro, plata y bronce mucho más válidas por sus valores humanos y cristianos. Han merecido repetidamente los premios Nobel de la caridad, de la paz, de la construcción de un mundo mejor.

❖ Invitación a la confianza en la humanidad

En unos momentos en que podemos caer en el pesimismo, porque vemos que los valores de fe se van perdiendo, y parece como si la comunidad cristiana y los valores de la familia y las vocaciones a la vida sacerdotal o religiosa no tuvieran demasiado futuro, mirar a los Santos nos puede hacer recuperar esa esperanza y esa confianza. Los Santos no son teorías: son ejemplos vivos de muchísimas personas que sí han sabido vivir según Dios.